

los guerreros que están combatiendo en defensa de nuestra fé, de nuestro czar y de nuestra patria.

»Aunque no llevan todavía diez meses de existencia las drusquinas de la milicia nacional se han incorporado en el ejército presentándose ya instruidas, apesar de sus largas marchas en el servicio de frente; mas en cuanto á los conocimientos que requiere la profesion de las armas, no debo omitir que todavía les falta mucho para hallarse en estado de medirse con los regimientos que han completado su instruccion militar. A nosotros nos incumbe este deber, á nosotros nos está reservado el cumplimiento de esta mision, y bien sabemos desempeñarla con celo y perseverancia.

»Veinte drusquinas han ingresado ya en los regimientos de la 15.<sup>a</sup> division de infanteria; de la 4.<sup>a</sup> division de reserva y de la division de la 9.<sup>a</sup> de depósito, y estoy convencido de que todos desde el general hasta el soldado raso, dispensarán una entusiasta acogida á estas juveniles tropas cual cumple á unos hermanos queridos, á los compañeros de armas y á los compatriotas. No dudo que no se pronunciará ninguna palabra que pueda ofenderlos, porque los guerreros que abandonan las familias y las ocupaciones pacíficas del hogar doméstico para ingresar en las filas del ejército á la voz del czar son dignos del mas completo y mas profundo respeto.

»He dispuesto que los señores jefes de division, de brigada y de regimiento, movidos por los mismos sentimientos; distribuyan la ocupacion de las drusquinas en términos que sin hacer inútil de todo punto su instruccion militar las induzcan á considerarlas como un objeto de utilidad y recreo. Las drusquinas no necesitan los conocimientos profundos de la ciencia que requiere el servicio de frente, porque se baten con los que exige el servicio de la columna cerrada, los ejercicios de cazadores y tiradores y el modo de cargar el fusil. Durante las horas de descanso será preciso manifestar á los combatientes que el primer deber de un soldado es el estricto cumplimiento de las prescripciones del reglamento de servicio y de las órdenes de los jefes, porque sin disciplina no hay ejército posible.

Los señores oficiales deben dedicarse principalmente al servicio. La mayor parte de ellos han servido ya, no siendo pocos los que han pasado la juventud en los campos de batalla, y por consiguiente no les será difícil renovar en su memoria lo pasado.

»Esta orden del día se leerá á las compañías, escuadrones, baterías y drusquinas reunidas. No dudo que todos en general y cada uno en particular abundan en las mismas ideas y sentimientos, y que procurarán secundarme por tanto en la orden general.—El general en jefe del ejército del Sur, ayudante de campo general *Luders*.

En 15 de octubre el emperador de Rusia dispuso que se efectuase un reclutamiento general en todo el imperio, y á este objeto publicó el siguiente manifiesto:

«Nos Alejandro II etc., etc., habiendo creído indispensable reparar las pérdidas que han experimentado nuestras tropas durante la campaña de este año y completar la fuerza efectiva de nuestros ejércitos para rechazar la futura tentativa del enemigo, mandamos:

»1.<sup>o</sup> Que se proceda al reclutamiento general en toda la estension del imperio tomando diez hombres por cada mil habitantes, con arreglo á las disposiciones del ukase que remitimos con la presente al senado directivo. Quedan exceptuados de este reclutamiento los gobiernos de Orlov, de Pultawa, de Tchernigow, de Karkoff, de Ekaterinoslaw, de Querson y de Táurida.

»2.<sup>o</sup> Que en el reclutamiento general se incluya como en las demás clases, es decir, tomando diez hombres por cada mil habitantes, á los judios que no se hallan exentos del reclutamiento.

1855

»3.<sup>o</sup> Que se dé principio al reclutamiento general en 15 de noviembre para que quede concluido en 15 de diciembre del corriente año.

»Dado en Nicolaieff en 15 de octubre del año de gracia 1855, y de el primero de nuestro reinado.—*Alejandro*.»

El ukase de que se hace mencion en el manifiesto anterior estaba concebido en estos términos:

«Habiendo resuelto por nuestro manifiesto de este día efectuar un reclutamiento general en el imperio á escepcion de los gobiernos designados en el mismo, mandamos:

»Que se de principio al reclutamiento en 15 de noviembre para que quede terminado en 15 de diciembre de 1855.

»2.<sup>o</sup> Que para el equipo de los reclutas, á escepcion de los semi-ropous que deberán aprontar los comisarios de los particulares; se recibirán de estos últimos etc.—*Alejandro*.»

Al propio tiempo dirigió la siguiente orden al ministro de la guerra.

»1.<sup>o</sup> Los reclutas que formen parte de la presente leva deberán ingresar en los diferentes ejércitos, con arreglo á las órdenes que se han comunicado.

»2.<sup>o</sup> Se procederá al equipo de los reclutas segun los regimientos vigentes.—*Alejandro*.»

Algunos publicistas entre los cuales se distinguian los redactores del *Globo* de Londres, suponian, en vista del reclutamiento que acaba de disponer el emperador Alejandro, que Rusia habia experimentado pérdidas inmensas en hombres, creyendo que la nueva leva era la décimacuarta que se verificaba en el imperio desde el principio de la guerra, pero la verdad que este reclutamiento era el décimocuarto que se hacia desde la nueva organizacion del año 1833, que dividia el imperio en dos zonas, occidental y oriental.

Antes de penetrar en Crimea, el emperador de Rusia quiso hacer una visita á la ciudad de Odessa que habia visitado ya diez y ocho años antes. En la mañana del 3 de noviembre salió de Nicolaieff, pasó revista á seis escuadrones del regimiento de húsares del príncipe Federico de Hesse Cassel, acantonados á poca distancia de la estación de Koblevka, y á las siete de la tarde entró en Odessa, donde se le tenia preparado el palacio del príncipe Woronzoff; pero no es posible describir el entusiasmo con que le recibió la poblacion, apesar de la niebla que cubria el horizonte. Recibióle al pié de la escalera el general Luders, jefe del ejército del mediodía, el conde Stragonoff, gobernador general de la nueva Rusia y de Besarabia, el general Krusenstern gobernador militar de la ciudad, y el general Grothenhelm, jefe de las tropas acantonadas en Odessa, y entre los individuos que se componia la comitiva imperial se distinguian el conde Orloff, el conde Adlerberg, el baron de Lieven y el príncipe Bariatinsky. Habia cundido la voz de que el emperador se trasladaria á la Catedral inmediatamente despues de su llegada, mas habiéndose verificado esta á una hora tan avanzada, el czar se encaminó directamente al palacio del príncipe Woronzoff, y á las diez y media de la mañana del siguiente día recibió el cuerpo mercantil de Odessa, que le presentó con arreglo á la costumbre, el pan y la sal. El emperador dijo que hacia diez y ocho años que no habia estado en Odessa, pero que á la sazón le parecia mas floreciente; les manifestó lo mucho que sentia que los habitantes se hubiesen visto sujetos á un bombardeo, y le comunicó la esperanza que le infundia el entusiasmo del pueblo con motivo de la guerra que les estaban haciendo precisamente las mismas naciones á quienes el puerto de Odessa habia suministrado el necesario sustento en varias crisis alimenticias.

Media hora despues el emperador Alejandro se trasladó á la catedral para asistir al oficio

divino, y monseñor Inocencio arzobispo de Querson y de Táurida salió á recibirle y le dirigió el siguiente discurso:

«Piadoso soberano: Apenas ceñiste la corona de tus mayores, la Providencia ha tenido á bien rodearla de espinas. Los ojos de nuestro cuerpo no están habituados á ver aquel adorno en la cabeza de los reyes, pero los ojos de la fé reconocen en él con propiedad y respeto el recuerdo de la corona de Jesucristo. ¿No son estas acaso las coronas que han llevado los mas poderosos príncipes y reyes desde David, Josafat, Constantino y Uladimiro el Grande, hasta Demetrio, el héroe del Don, y hasta tu patron Alejandro Newsky?

»Esfuerza tu valor: no te arredres á la vista de estas dos antorchas humeantes, dijo el profeta al rey guerrero Acar, cuando se reunieron contra él en injusta guerra los dos reinos de Israel y de Asiria. ¡Cuán de cerca nos tocan á nosotros y á nuestros enemigos estas palabras del profeta! Con efecto ¿no es acaso la desgraciada Francia la antorcha que hace medio siglo que está propagando el incendio por todas partes? Y la activa pero ya humillada y ruinosa Bretaña ¿qué es sino la otra antorcha que despues de haber permanecido estinguida cerca de dos siglos empieza de nuevo á echar humo desde una cima entreabierto? Y nosotros te diremos tambien como el profeta: que no se arredre tu alma á la vista de las dos antorchas que están humeando en nuestra presencia, porque á la mas leve señal del Altísimo se aplacan los vientos y cae la lluvia para fecundar nuestros campos, tambien acabarán por estinguirse las antorchas y Rusia protegida por Dios, se levantará de nuevo para satisfaccion de su jefe y para la felicidad de sus propios enemigos.

»Entra pues, ó piadoso soberano, en el templo donde vino tu augusto padre en medio de las tinieblas de la noche para dar gracias al cielo, que acababa de sustraerle al furor de la tormenta y del naufragio. Entra, y elevaremos juntos nuestras preces al rey de los reyes para que aplaque la presente tempestad que está agitando no solamente los mares, sino tambien la tierra. ¡Plegue al cielo que venga á arrodillarse otra vez en este templo á la presencia de Dios para darle las gracias para sus beneficios. Amen.»

Para hacerse cargo de estas últimas palabras es necesario tener presente que en 1828 el emperador Nicolás, habiéndose embarcado en Varna se vió espuesto á todos los peligros de una tempestad muy violenta, y que habiendo podido llegar á Odessa en mitad de la noche saltó en tierra subió la montaña á pié, se dirigió á la catedral y llamó á un sacerdote para que se apresurase á dar las gracias á la Providencia por el beneficio que acababa de dispensarle.

El emperador Alejandro asistió al oficio divino que celebró el mismo arzobispo, y á la una de la tarde salió al campo á pasar revista á las tropas acantonadas en Odessa que se hallaban formadas en la espaciosa llanura que antiguamente servia de pódromo. Componian aquellas tropas cuatro batallones de infanteria, tres regimientos de caballeria, cuatro baterias de artilleria y once cohortes de la milicia móvil de los gobiernos de Moscou y de Esmolensco.

Concluida la revista, el emperador visitó el hospital militar, establecido en el antiguo instituto de señoritas nobles de Odesa, luego el hospital civil y por último todas las baterias de la costa que se estendian entre Perecype y el muelle de la Cuarentena. Estas visitas no le dieron tiempo para ir á ver como deseaba, el hospicio de las hermanas de la caridad, que con celo tan cristiano asistian á los heridos y demás enfermos.

A las cinco de la tarde del propio dia el emperador Alejandro se sentó á la mesa en compañía de las principales autoridades á quienes habia convidado á comer, y por la noche la ciudad apa-

reció espontáneamente iluminada. Finalmente á las ocho de la mañana de 5 de noviembre salió de Odessa en direccion á Nicolaiéff.

No se detuvo mucho en esta ciudad el emperador de Rusia, pues á las diez y media de la mañana del 7 de noviembre salió de ella en direccion á Crimea. A las once de la noche pasó por la ciudad ó villa de Perecop; el dia 8 llegó á Orta-Oblan, situada á breve distancia norte de Sinferopol, en donde pasó revista á los batallones 1.º y 2.º de carabineros del regimiento del gran duque Alejandro Alejandrowitch, y en seguida continuó su viaje hácia Sinferopol, en donde fué recibido por el príncipe Gortschakoff. Despues de haber pernoctado en la capital de Crimea se dirigió á Batchi-Serai, revistando de paso en la estacion del Elma una parte de las tropas del 2.º cuerpo de infanteria, y á las dos de la tarde del mismo dia, 9 de noviembre, se anunció su llegada á los habitantes con un repique general de campanas. El emperador Alejandro se dirigió primeramente á la iglesia en donde se hallaban reunidas para saludarle todas las autoridades civiles y militares: despues de las oraciones de costumbre fué personalmente y á pié á visitar al general en jefe, y en seguida se trasladó al alojamiento particular que se le habia preparado, porque el palacio de Batchi-Serai se hallaba ocupado por los hospitales militares provisionales. Al entrar en dicho alojamiento se vió recibido por una diputacion compuesta de los ciudadanos mas distinguidos que le ofrecieron el pan y la sal; presentaronle el alcalde de los tártaros y el rabino de los caráines, y habiéndose retirado á los aposentos interiores recibió á todos los oficiales del estado mayor del ejército de Crimea, dándoles muy espresivamente las gracias por los grandes servicios que habian prestado durante la inmortal defensa de Sebastopol. En seguida fué á pesar revista á una parte de las tropas del 4.º cuerpo de infanteria, la artilleria y la milicia establecidas en las orillas del Katcha; regresó luego á Batchi-Serai para celebrar el banquete que le habia dispuesto y para el cual se habia convidado á los ayudantes de campo generales, á los ayudantes de campo del emperador y á los jefes del cuartel general, y el emperador concluyó la fiesta echando un brindis en honor del ejército de Crimea. Por la noche aparecieron iluminadas con faroles de colores las tortuosas calles y los elegantes minaretes de Batchi-Serai, en la cumbre de las rocas suspendidas sobre el estrecho valle de Bacthi-Serai se habian dispuesto barriles de brea, y la variada poblacion de la ciudad se mostró sumamente sorprendida por un espectáculo tan pintoresco, que se reprodujo en las noches siguientes durante la permanencia del emperador.

A las ocho de la mañana de 10 de noviembre se trasladó en coche á la estacion llamada Duvankioi con los grandes duques Nicolás y Miguel Nicolaewitch, el duque de Mecklemburgo-Streitz el príncipe Gortschakoff, el príncipe Valdemaro Bariatinski, su ayudante de campo, y otros muchos personajes, y desde Duvankioi se dirigió á las fortificaciones septentrionales de Sebastopol. Con este motivo nos ha parecido conducente hacer una ligera reseña de aquellos fuertes graníticos que dificultaban sobremanera las operaciones de los aliados, y cuya potencia despreciaban los mas de nuestros publicistas, aunque sin conocerla.

El fuerte Constantino que era de granito, estaba situado á la entrada del puerto, y la meseta en donde se levantaba ofrecia una fortificacion que difícilmente podia designarse con un nombre técnico, como que consistia en un formidable conjunto de baterias, contrabaterias, y reductos unidos entre sí por medio de muchos caminos cubiertos; á espaldas del fuerte Constantino habia una reducida bahia donde los rusos habian construido dos baterias y levantaban á la sazón otra todavia mas imponente; y en seguida se veia el fuerte de Santa Catalina, que tambien era de granito y ofrecia una doble fila de casamatas y troneras con fuertes blindajes, baterias á barbata